

DOCUMENTO 7

Desafío
MIQUEAS

La solidaridad en los tiempos del "sálvese quien pueda"

¿Por qué no puedo ser bueno?. Es la pregunta que se hace una y otra vez el ángel de la renombrada película alemana "tan lejos y tan cerca" cuando ya convertido en un ser humano, por propia voluntad, cae en la cuenta de lo difícil que le resulta llegar a ser un hombre bueno. Esta turbación del ángel "humanizado" quizá sea la misma que un día atrajo presurosamente a un joven adinerado a buscar una respuesta en el maestro más inquietante de aquellos días; Jesús, el otro joven, el joven pobre, el joven de Nazareth.

El diálogo que surge entre ellos se da en torno a una pregunta existencial y trascendente: "¿qué bien hay que hacer para tener la vida eterna?". La conversación se desarrolla con interés y aprecio mutuo como quienes comparten la cercanía del afecto por la vida. Lamentablemente ambos quedan entristecidos al finalizar su charla; Jesús ha confrontado a este piadoso joven a renunciar a su camuflada codicia material y él, sabiéndose descubierto, se ha marchado turbado y sombrío.

Mientras este se aleja, el otro joven, nuestro Jesús, se queda pensativo. Como suele hacer, comparte sus introspecciones a los discípulos que lo acompañan y les dice: ¡Qué difícil es para un rico entrar al reino de los cielos!

Tal parece que estas meditaciones abiertas de Jesús son interpretadas de manera muy distinta por sus amigos. Jesús no está menospreciando a los ricos y mucho menos es su intención andar por el mundo colocando galardones a los seguidores más abnegados, los que supuestamente lo han dejado "todo" por seguirlo. Para el Señor el problema de la gente rica no está simplemente en que no sean capaces de abandonar "algo", en este caso su riqueza, sino, fundamentalmente, en qué hacen con ella; acumularla sin ver la necesidad de los otros. Por eso, lo que Él les comenta es una reflexión y no un juicio implacable; Jesús percibe lo difícil que resulta a quienes tienen como objetivo principal en la vida el enriquecerse así mismos, formar parte de un reino que es fundamentalmente "dar buenas nuevas a los pobres". Una pobreza, que como veremos más adelante, no se reduce a lo material.

Mientras estas reflexiones pasan por la mente y el corazón del maestro, los discípulos transponen la real preocupación de Jesús a una exigencia mezquina y superficial; ¿qué pues recibiremos los que te hemos seguido?, le interroga Pedro.

Esta pregunta está totalmente fuera de lugar, ya que el tema que aborda además del sitio desde donde se formula, no debería ser, a estas alturas del camino compartido, el corazón de los discípulos del Señor. Pero Jesús no se deja abatir por esta competencia absurda y les contesta utilizando su buen humor, esa ironía con la que suele salir cantando de los trances más agudos por los que es sometido. Le dice a Pedro, que en la gloria les dará a los discípulos rimbombantes posiciones de poder dentro de su reino, pero a cualquiera que deje algo por seguirle le dará ¡cien veces más que a ellos!. O sea que la recompensa que recibirán estos seguidores cercanos de Jesús será cien veces menos que la de cualquier otra persona que decida seguirlo.

Después de haber comenzado a ubicarles el ego en su lugar, Jesús quiere asegurarse de que los discípulos entiendan verdaderamente en qué consiste el reino que él les ha estado anunciando. Entonces, sin darse distancias de tiempo, emprende la narración de una de sus más paradójicas parábolas.

Para variar el protagonista de esta historia es un rico, el dueño de una viña. En los tiempos de Jesús la economía de Palestina se basaba fundamentalmente en la agricultura, pero esta forma de generar recursos significaba la sobrevivencia/explotación para unos y el enriquecimiento para otros. La mayor parte de los pobres eran productores menores de trigo y de cebada, dueños de parcelas pequeñas

que tenían que comercializar sus productos precariamente. En contraste, los grandes latifundios se crearon para poder elevar la producción a bajo costo y con acrecentadas ganancias. La principal forma de cultivo de los latifundistas eran los viñedos y los olivares.

No debería llamarnos la atención que el dueño de la viña del que nos habla Jesús, a pesar de ser un hombre rico y con seguramente mucha gente a su servicio, prefiera ir, él mismo, a seleccionar a los obreros que trabajarán en sus tierras. Es que no nos resulta difícil pensar en este hombre como el típico rico obsesionado por sus ganancias y que sostiene como refrán que: al ojo del amo engorda el ganado. Él quiere, obviamente, reducir costos y aumentar sus beneficios; por eso acude él mismo a vigilar la selección de los obreros más tenaces y evitarse así tener que contratar a demasiados trabajadores para el jornal en su viña.

No obstante, parece que el usurero cálculo le falló. Los obreros que contrató a las primeras horas de la mañana no fueron suficientes, esa es la razón por la que él regresa a buscar nuevos jornaleros. Pero ni aun regresando, su avaricia le permite acertar con el verdadero número de trabajadores que requiere contratar para cubrir las demandas de trabajo que tiene su viña. Por eso el protagonista de esta historia volverá a la plaza en varias ocasiones; retorna a las 9 de la mañana, a las 12 del mediodía, a las 3 de la tarde y en el colmo de los colmos vuelve a las 5 de la tarde, cuando el sol comienza ya a ocultarse, afanado en sacar el máximo de ventaja a la producción de ese día. Sin embargo esta última vez sucede algo distinto.

El dueño de la viña logra percibir al fin, la realidad de la situación que él ha transitado tantas veces y que hasta entonces no lo había afectado. Él se queda sorprendido de que aún sigan habiendo trabajadores disponibles, pero lo que más le perturba es que estos resulten ser los mismos que estuvieron desde la mañana en la plaza. El dueño de la viña les pregunta por qué están ahí todo el día desocupados y la respuesta le perturba tanto, que el codicioso latifundista de nuestra historia pacta con ellos una paga justa; los obreros le han contado que ellos están ahí porque nadie los ha contratado.

Es decir, que no es por ociosos que ellos siguen aún en ese lugar sino por que están desempleados. Porque las personas que tienen en sus manos la potestad de generar empleo, como el dueño de la viña, prefieren especular con el trabajo de los obreros, produciendo mayores ganancias a bajo costo antes que contratar la cantidad de trabajadores que en verdad necesitan.

La mano de obra barata favorece sólo al dueño de la viña pero trae miseria y explotación a los trabajadores que sustentan sus familias con tan sólo un denario al día. Esta cantidad de dinero era algo así como el sueldo mínimo de nuestros tiempos; que como bien sabemos, aunque sea legal, no alcanza para cubrir las necesidades básicas de una persona y menos aún se trata de un ingreso digno para sostener una familia.

Como diría el cantante argentino David Lebón todo el mundo puede ser un camino para crecer, y esto es lo que logran ser estos últimos trabajadores para el dueño de la viña. Ha llegado la hora de pagar los sueldos, esta vez el dueño de la viña pide a su empleado que se encargue de entregar el salario a sus jornaleros, comenzando por los últimos que se incorporaron al trabajo hasta los primeros. Los que llegaron a la cinco de la tarde reciben lo que por ley les corresponde a un día de trabajo. Los que estuvieron desde temprano reciben exactamente lo mismo. Esta noticia enfurece a los últimos, ellos murmuran entre sí y se quejan con el dueño de la viña; a ellos les resulta sumamente injusto que habiendo trabajado todo el día su paga sea igual de los que sólo han trabajado una hora.

Nuestra forma de ver la justicia está a veces miopizada por el egoísmo, incluso entre quienes sufrimos la misma pobreza. El individualismo disfrazado de indignación de los que trabajaron todo el día, no les permitió percibir la justicia de este latifundista. No les ha admirado, ni les ha causado alegría solidaria, el hecho de que el dueño de la viña haya sido capaz de comprender la necesidad de sus compañeros desempleados, que les haya dado trabajo ni tampoco festejan que también ellos puedan recibir el jornal del día para poder sustentar en algo a sus familias.

Esta actitud de los jornaleros que trabajaron desde temprano, ofende al dueño de la viña. Él la describe como envidia; uno de los más terribles signos de opresión e injusticia que se desarrollan en medio de los pobres. Enfrenta a los que sufren la miseria hasta volverlos caníbales que se embisten entre ellos. Son los cuadros más horribles que produce el salvajismo de la indigencia. La inhumanidad entre quienes la padecen fanatiza el individualismo hasta proclamar el "sálvese quien pueda".

Ésta es la historia que Jesús cuenta a sus discípulos para explicar a qué es semejante el reino. La parábola no tiene como intención describirnos un lugar con una escenografía impactante ni tampoco demostrar las condiciones de bienestar post-mortem que la vida eterna puede ofrecernos. El reino de los cielos, según esta parábola que narra Jesús, es semejante a un rico que dándose cuenta del indigno sistema en el que participa, toma medidas humanitarias y justas; aún en desmedro de su propio beneficio económico y del resentimiento incomprensible de los otros que se encuentran en la misma condición de necesidad.

A la mayoría de los seres humanos de todos los tiempos, no nos importa la suerte de los otros con quienes compartimos la plaza del desempleo. No nos mortifica que los otros no consigan trabajo, los otros pobres son la "competencia" y así comienza la crueldad entre los necesitados, una de las formas más viles de degradación espiritual en la que nos encontramos sujetos los seres humanos. De ella, no se libran ni los mismos apóstoles; la pregunta de Pedro es prueba de esto.

Sin embargo Jesús rescata a estos anónimos y los convierte en los actores de la conversión del dueño de la viña de nuestra historia. Aquellos que no tienen empleo, aquellos pobres que esperan todo el día que alguien los contrate; ellos son los activadores de la misericordia de un rico.

El desempleo y el subempleo son, en la actualidad, unos de los principales problemas mundiales que atacan a muchas sociedades en el planeta. Sus causas siguen siendo las mismas de la historia que contó Jesús hace dos milenios; especulación, envidia, explotación, paga injusta. Los niveles de desempleo en muchos lugares del mundo, especialmente en Latinoamérica, han llegado a cifras escandalosas. En varios países, este es uno de los problemas de mayor cuidado y el que requiere más atención para ser bien tratado.

Lo más grave es que no se vislumbra una solución pronta al caos que genera este problema y, por el contrario, las cifras de desempleo crecen más y más, creando más pobreza y miseria, teniendo por consecuencia que una sociedad no pueda surgir, se desvíe del camino inicial a seguir y se sumerja en un fondo oscuro donde muy difícilmente podrá salir.

Sumado al desempleo, se encuentra también el fenómeno de los despidos masivos. Muchas compañías ven en ellos, la forma más apropiada para reducir costos, mejorar la calidad y competitividad de los trabajadores, etc.

Finalmente, otra consecuencia estrechamente ligada a lo anterior es el aumento del trabajo informal. Al no existir la posibilidad de acceder al mercado laboral, a muchos no les queda más remedio que tratar de subsistir de cualquier manera, creando nuevos negocios o comercializando informalmente para poder sobrevivir. Esta tendencia ha aumentado considerablemente en los últimos años.

La gran mayoría de nuestros gobiernos no han encontrado una solución definitiva al problema del desempleo. Por eso, nos resulta admirable constatar que el reino de Dios es igual a un rico que es capaz de entender, sensibilizarse y actuar con justicia frente a la problemática del desempleo. Su justicia no depende de las horas de trabajo que realizaron los últimos obreros sino del derecho de ellos, y de cualquier otro trabajador, a poder tener un empleo y a recibir una paga justa para atender sus necesidades y las de su familia. Esa es la justicia del reino de Dios.

¿Qué significará buscarla si su palabra nos convoca a hacerlo primero que nada? Pues creemos que buscar el reino implica rastrearlo hasta encontrarlo y encontrarlo es que nosotros mismos provoquemos estas señales de su existencia en medio nuestro. Lo que tenemos que hacer es no dejarnos vencer de que la barbarie a la que nos condiciona este mundo es la única forma de sobrevivir. La resignación con la que nos acomodamos a los órdenes económicos y de explotación que los que acumu-

lan riqueza ejercen sobre nosotros, tiene una semblanza metafórica en una historia anónima que circula frecuentemente en los correos electrónicos; en ella, una mujer adulta cuenta que:

•Cuando era chica me encantaban los circos, y lo que más me gustaba de ellos eran sus animales. De todos ellos me llamaba poderosamente la atención el elefante. Durante la función, la enorme bestia hacía despliegue de peso, tamaño y fuerza descomunal, pero después de su actuación y hasta un rato antes de volver al escenario, el elefante quedaba sujeto solamente por una cadena que aprisionaba una de sus patas a una pequeña estaca en el suelo.

Sin embargo, la estaca era sólo un minúsculo pedazo de madera apenas enterrado unos centímetros en la tierra. Y aunque la cadena era gruesa y poderosa me parecía obvio que ese animal capaz de arrancar un árbol de cuajo con su propia fuerza, podría, con facilidad arrancar esa estaca y huir. ¿Por qué entonces estaba ahí?

Cuando tenía cinco o seis años les pregunté a los grandes por el misterio del elefante. Alguno de ellos me explicó que el elefante no se escapaba porque estaba amaestrado. Hice entonces la pregunta obvia: -Si está amaestrado ¿Por qué lo encadenan? No recuerdo haber recibido ninguna respuesta coherente. Con el tiempo me olvidé del misterio del elefante y sólo lo recordaba cuando me encontraba con otros que también se habían hecho la misma pregunta. Hace algunos años descubrí que alguien había sido lo bastante sabio como para encontrar la respuesta: "El elefante del circo no escapa porque ha estado atado a una estaca parecida desde que era muy pequeño"

Cerré los ojos y me imaginé al pequeño recién nacido sujeto a la estaca. Estoy segura de que en aquel momento el elefantito empujó, tiró y sudó tratando de soltarse. Y a pesar de todo su esfuerzo no pudo. La estaca era ciertamente muy fuerte para él. Juraría que se durmió agotado y que al día siguiente volvió a probar, y también al otro y al que seguía. Hasta que un día, un terrible día para su historia, el animal aceptó su impotencia y se resignó a su destino sin cuestionarlo y jamás intentó poner a prueba su fuerza otra vez. •

Los que padecemos la catástrofe económica en el mundo somos un poco como ese elefante: nos hemos acostumbrado a estar atados a la estaca del infortunio. Sin embargo, la palabra de Dios: Jesucristo, nos demuestra vez tras vez que la lucha solidaria, y no la resignación, es la estatura de la humanidad que espera que alcancemos. Ahí está Él, invitándonos a arrancar la estaca y ser verdaderamente libres, porque como dicen las Escrituras: el reino de Dios, su reino de justicia, es para aquellos que lo arrebatan a la fuerza. No temamos ser libres y luchemos.

Una señal al atardecer

El evangelio de Juan destella a un Jesús libre, que transmite seguridad en si mismo y en su misión; la cual, sin temor a sus opositores, va construyendo a su alrededor. Emancipado de prejuicios y miedos, nuestro Señor no tiene reparos en andar en compañía de sus amigos; prostitutas, cobradores de impuestos o gente vista políticamente incorrecta como algunos de sus discípulos.

Aparece, desde el principio, como una persona de saludable autoestima. Jesús jamás se reprime en hablar de sí mismo revelando a la gente su autoridad, sobretodo no se limita en comentar, con lujo de detalles y a quien lo requiera, la exclusiva relación que sostiene con el Padre.

Esta forma de ser de Él, enfurece a los judíos religiosos que lo escuchan e incluso logra despertar en ellos una indignación mortal. Jesús en cambio, nunca huye encogido de la confrontación ni tampoco teme afirmarles su identidad tajantemente. Esta vez, por ejemplo, Juan nos narra cómo el Señor después de haber sanado, en el "día de descanso", al paralítico de Betesda, suscita la pretensión homicida de los fariseos (Juan 5:18) habiéndoles afirmado ser el Hijo del Padre.

La respuesta de Jesús ante esta amenaza de muerte, no se hace esperar. Es una amplia ilustración teológica de las implicancias de la afirmación de declararse como Hijo "trabajador" (Juan 5:17). Les dice que todo lo que Él hace es por seguir el ejemplo de su Padre; que es amado por Él, que el Padre le ha dado autoridad para juzgar, que se le debe la misma honra que al Padre y que además tiene la capacidad de

dar Vida, resucitar a los que estaban muertos y hasta condenar a los que han hecho el mal.

Suponemos que esta "aclaración" de Jesús no es bien recibida por los Fariseos. Podríamos hasta pensar que ya Jesús lo ha dicho todo y que por su bienestar, y lo que le resta de ministerio, sería mejor no echar mas leña al fuego. Pero Él no se detiene.

Según la jurisprudencia de su tiempo, tanto judía como romana, nadie puede argumentar o testificar en favor de sí mismo (Deuteronomio 19:15). Por eso, a continuación, Jesús cede ante las tácitas demandas de pruebas y presenta evidencias que de seguro han de haber dejado aun más enfurecidos a sus adversarios. El Señor declara una lista de testimonios irrecusables: el del Padre (Juan 5:32 y 37) de quien Jesús es Su Palabra, el de Juan el bautista (Juan 5:33) el profeta que acaban de asesinar, el de sus obras (Juan 5:36) hechos que demuestran su justicia, el de las Escrituras (Juan 5:39) que hablan que Él es la Vida, y para concluir presenta el testimonio de Moisés como argumento categórico que declara su condición de Mesías (Juan 5:45).

Esta controversial discusión será, según el evangelio de Juan, el preludio de uno de los acontecimientos de mayor asombro de toda la era cristiana: la alimentación de más de cinco mil seres humanos, hecho que Juan ubica geográficamente en un prado en Tiberias, localidad situada en una de las riberas del llamado mar de Galilea.

Las vibrantes descripciones que los otros tres evangelios contienen sobre los acontecimientos que rodean a ese importante día, nos relatan como Jesús andaba buscando, en compañía de sus discípulos, un lugar desierto donde descansar. Acababan de asesinar a Juan el bautista y el acontecimiento ha causado desconcierto y tristeza entre las multitudes que lo seguían. Muchos ven en Jesús al que continuará la obra del bautista; hasta Herodes el tetrarca se queda perplejo al oír los comentarios que la gente hace acerca de Él comparándolo con Juan e incluso hasta con el profeta Elías. Los discípulos del Señor que fueron enviados por Jesús a enseñar sobre el reino de Dios, sanando enfermos, echando fuera demonios y predicando, han retornado; y maravillados están contándole a Jesús sus experiencias como "anunciadores" del reino, una proclama más amplia aún que la del arrepentimiento al que invitaba Juan el bautista.

La muchedumbre se ha enterado que Jesús y sus discípulos se están retirando a un lugar desierto y los han ido siguiendo a pie. Ese mar de gente es una extensa multitud que solicita a Jesús insistentemente, que camina agolpada, bulliciosa, cargando cuerpos enfermos y que han llegado hasta ahí persiguiendo su última esperanza.

De ahí que el dolor que le produce a nuestro Señor ver a esas multitudes desdichadas no es el fruto de una mirada superficial ante el acosamiento que le imponen. Jesús sabe que detrás de cada una de estas personas se empozan sufrimientos físicos, económicos y morales. El raudal de enfermos que lo siguen, ha llegado hasta Él con muchas expectativas, pues la atención médica en su tierra es un lujo al que jamás podría acceder la gran mayoría. Masas, forzosamente desocupadas, acorralan a Jesús porque son víctimas de impuestos imperiales voraces que los han sumido en un galopante empobrecimiento. Todos ellos están ahí formando una muchedumbre humana que busca asirse de su última fuente de esperanza: un Hombre que no solamente habla de salud, solidaridad y justicia sino que vive su mensaje.

Sólo un Hombre que decide amar efectivamente, incisivo requisito del verdadero discípulo según el evangelio de Juan, puede tener esta filosofía de la vida; seguir apostando por entregarse a pesar de haber comenzado su trajín buscando sólo un lugar desierto para orar y descansar.

La cercanía de la Pascua, mencionada por el evangelio de Juan, también resulta substancial para entender el significado de lo que está por sobrevenir. Como suele pasar, aún los hechos más importantes de nuestra vida o de nuestra historia como pueblos latinoamericanos llegan a perder su sentido original y van adquiriendo ropajes distintos de los que fueron concebidos en un principio. Esto aconteció también con el pueblo de Israel, que después del exilio, centralizó casi exclusivamente su vida religiosa en Jerusalén y alrededor del templo, innovando que en cada fiesta importante, como en el caso de la Pascua, se peregrinara hasta la ciudad Santa como muestra de una fe comprometida. Con todo, cuando Dios instituyó la Pascua como fiesta recordatoria, ésta tuvo un significado más profundo

que el tener que ir a un lugar específico para comer viandas obligatorias. La Pascua se fundó como el festejo de la libertad pugnada por la mano de Dios, el recordatorio de un pueblo al cuál se le invitó a comenzar a gestarse como nación alrededor de una mesa solidaria. Este será un elemento importantísimo que el evangelio de Juan tomará como contexto temporal y religioso de lo que será la alimentación de la multitud en el prado desierto de Tiberias.

Juan detalla que el sitio al que llegaron para su descanso fue un monte al que subieron Jesús y sus discípulos. Para los judíos, el monte es el lugar óptimo desde donde se busca un encuentro con Dios. De ahí entendemos que los discípulos que han llegado con Jesús, agotados por la faena, anden buscando también un refrigerio espiritual. Sin embargo el Señor tiene a bien profundizar, en medio de la vida, los conceptos de espiritualidad que manejan sus seguidores.

Es así que, cuando en medio de sus plegarias en busca del Padre, Jesús alza los ojos y mira; lo que encuentra no es la paz celestial como fruto de oraciones piadosas sino una multitud desesperada y hambrienta, ante la cual es imposible que alguien, de verdadera espiritualidad, quede indiferente. Por eso, la pregunta que Jesús va a lanzar a sus discípulos, tampoco es trivial o desinformada: es la forma que Jesús escoge para hacer visible, ante ellos, la necesidad de los "no invitados" a esta reunión; una multitud que los ha seguido hasta ese lugar.

¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Les pregunta Jesús, cuando los demás evangelios nos detallan que ya estaba anocheciendo.

A primera vista, la cuestión que el Señor plantea a sus discípulos pareciera provenir de un personaje despistado, pues resulta más que imposible conseguir, en un lugar desierto, dónde "comprar" comida para semejante cantidad de gente. Pero Jesús no ha lanzado esta pregunta por distraído, si no porque quiere que sus seguidores más cercanos descubran que atender las necesidades de esa gran multitud es parte también de ser anunciadores del Reino que andan predicando (Lucas 9:2).

Y los discípulos le responden. Tal parece que quieren demostrarle rápidamente al maestro, a través de argumentos convincentes, las juiciosas razones que les impiden cumplir un pedido tan "absurdo". Inmediatamente dos de sus seguidores entran en escena. Primero habla Felipe, quien a pesar de no ser precisamente el responsable de la contabilidad del grupo, señala, como argumento indiscutible, no tener dinero suficiente para comprar comida para toda esa gente. Seguidamente llega Andrés pero no lo hace solo; trae entre manos a un muchacho y las "insignificantes" provisiones que éste posee; cinco panes de cebada y dos pececillos ¿qué serán para tantos?, cuestiona con obvia ironía.

Pero como los "absurdos" y las cosas aparentemente "insignificantes" parecen ser la especialidad de Jesús, Él se encarga de convertir el ilustrado argumento de su discípulo Andrés en la oportunidad para gestar una señal tan impresionante que ninguno de los evangelistas podrá dejar jamás en el tintero.

El retrato de la comida que este muchacho ofrece puede parecernos trillado. Pero lo cierto es que con su descripción, el evangelista Juan desea contarnos mucho más sobre el joven proveedor. En la Palestina de los tiempos de Jesús, los altos impuestos de Roma y las exigentes demandas religiosas a las que el pueblo estaba sometido, ocasionaron una arrolladora pobreza que se extendió en todo el territorio. Tal es así que, como sucede en nuestros días, el concepto para describir la pobreza se amplió; formaban parte de este gran grupo los Pené que eran pequeños artesanos que comercializaban con estrechez lo que producían y también integraban esta basta clase social, los Tójoí que ni siquiera tenían la oportunidad de negociar sus productos ya que sus cosechas sólo alcanzaban, en el mejor de los casos, para hacerlos subsistir porque la mayoría de ellos terminaban siendo mendigos. Los cultivos que sostenían a los más pobres de la sociedad eran los de cebada; con los que se hacía una clase "inferior" de pan que alimentaba a los más humildes. El muchacho anónimo que Andrés incorpora en la escena para justificar que no se podía alimentar a las multitudes, traía consigo panes de cebada y dos pececillos (opsaria) que no son el plato fuerte de la merienda si no que, según su traducción del griego, corresponden a un humilde acompañante del pan y no a los pescados (ichthuas)

que se acostumbran citar en otros relatos.

¡Qué relevante nos resulta que con las provisiones de este muchacho pobre, Jesús se disponga a dar una evidencia fundamental de qué es lo que implica su reino!

Frente a la aparente insensatez de intentar dar de comer a multitudes con algo tan insignificante como cinco panes de cebada y dos pececillos, Jesús no se intimida; es más, incrementa el desconcierto de sus discípulos demandándoles dirigir acciones que nos aclaran que aún las señales más portentosas del Reino de Dios requerirán siempre una administración y organización debida. Él coordina con sus discípulos la distribución de las personas. Les pide que sobre la hierba de aquel lugar hagan recostar a la gente en grupos. El paralelo a este pasaje en el evangelio de Marcos, cuenta cómo les hizo distribuirse en comunidades de cincuenta y de cien personas. La escena ha debido de ser impresionante; un mar de gente agotada y hambrienta descansaba al atardecer sobre la hierba, el comedor popular improvisado por Dios.

Viéndolos así, a todos recostados sobre la hierba, Jesús toma en sus manos los pececillos y los panes que el humilde muchacho entregó a Andrés. Y da las gracias. La usual acción de gracias que todo judío hacía antes de las comidas recobra con Jesús su original sentido: el de alegrarse ante Dios aun con la más humilde vianda y ser solidario para compartirla.

Jesús reconoce el inmenso valor que tiene la comida que sujeta entre sus manos. Sabe quién la ha provisto y no se limita en exhibirla ante todos los presentes. Por eso, invita a sus discípulos a ser los primeros en compartir esta humilde merienda. Este hecho es muy importante si recordamos que fueron ellos mismos los que le presentaron varios argumentos para poder excusarse de esta labor. Este encargo será la pedagogía viva de Jesús para enseñar a sus discípulos que el involucrarse en el Reino de Dios significa comprometerse compasivamente con las necesidades del ser humano, y de toda la creación, en todas sus dimensiones.

Pero lamentablemente, la indiferencia frente a las necesidades de los otros no se limitaba solamente a los seguidores más cercanos de Jesús. Toda esa gente que se había aproximado a Jesús, pobres en su gran mayoría, habían estado siguiéndolo con la idea de recibir. Recibir sanidad o palabras de consolación, pero al fin y al cabo recibir. Es entonces que cuando Jesús da gracias públicamente por los cinco panes de cebada y los dos pececillos del muchacho pobre, también es su deseo darles una enseñanza transformadora a los miles de seres humanos que esperando recibir algo de Él aguardan recostados sobre la hierba.

Y es que, aquellos que son aniquilados por la pobreza, tienen un comportamiento social cercenado pero muchas veces poco evidenciado. La miseria no solamente devasta económicamente a los seres humanos sino que también los degenera moral y éticamente. Una de las peores formas que toma la deshumanización de los pobres está en el hecho de asumir que no se tiene nada para dar ni para compartir con otros que padecen nuestra misma condición. Entonces, la pobreza nos arrincona al individualismo exaltado, nos hace creer que somos incapaces de echar una mano al otro pobre y que en el desierto de la sobrevivencia, nadie más que nosotros merece ser socorrido.

Jesús no quiere solamente proveerle a esta multitud una cena al atardecer. Mucho menos, como lo mencionará más adelante el propio Señor en este mismo evangelio, ser seguido únicamente por dar comida. Por eso intentará con sus acciones previas, de agruparlos en cincuenta y cien personas, movilizar el sentido de la vida y no únicamente los cuerpos de esas multitudes empobrecidas.

No es fácil organizar a miles de personas, más aun si una gran parte de estas padecen de alguna enfermedad como nos mencionan los evangelios. Ha de haber transcurrido algún tiempo prudencial hasta que todos los comensales quedaran ubicados en los grupos distribuidos, aparentemente de forma azarosa, por los discípulos. Tras un primer tiempo de incomodidad y de fastidio, sentada la muchedumbre en grupos más pequeños, unos al lado de los otros, han tenido que mirarse y, en el tanteo disimulado, reconocerse forzosamente colegas en la miseria.

Es probable que Jesús sepa lo que se puede originar en una multitud como esa, al reunirse en grupos más pequeños. No es forzado deducir lo difícil que, a cada uno de los que conformaron esta masa de anónimos, debe haberles resultado tener que sentarse al lado de personas desconocidas para comer; sobretodo siendo los judíos tan privativos respecto al tema de con quién comparten el tiempo de los alimentos. Al parecer, Jesús intuye que ahí sobre la hierba, reunidos en grupos, las personas tendrán que entrar forzosamente en una relación, compartirán no sólo un espacio común más cercano; sino esencialmente lo que son, y quizás, incluso, algo más que podrían haber cargado hasta ese desierto.

Es entonces, que Jesús les muestra, sin vacilación, que la comida que se va a compartir entre todos es la provisión que les da alguien que es igual o más pobre que ellos.

Se conoce que la comunidad juanina, primera receptora de lo que está escrito en este evangelio, es una "comunidad de verdad" en la que el amor es el principal mandamiento. Y este amor aporta alegría y paz a los que comparten la misma visión acerca de Jesús. La cristología de exaltación del evangelio de Juan tiene que ver con la vida comunitaria. Juan escribe de tal manera, que desafía a sus lectores para entender más profundamente lo que está sucediendo. Este evangelio tiene como principal objetivo hacernos comprender a Jesús con mayor hondura.

Como sabemos, los milagros forman parte de la estructura misma de todos los evangelios. Sin embargo Juan elige relatar sólo siete de estos episodios para fundamentar y consolidar la fe de quienes le leen. Incluso el vocabulario que le da a los milagros es otro: Juan usa señales (seméia) u obras (érge) para designarlos y no obras poderosas (dynaméis) como sucede en el caso de los evangelios sinópticos. Y es que Juan prefiere comentar, por medio de discursos, las acciones milagrosas de Jesús y precisar así el sentido de los acontecimientos a sus lectores. Por eso, todos los elementos que rodean este escenario en Tiberias, no son oropeles añadidos a una narración, sino piezas que nos ayudarán a percibir la profundidad del milagro de la alimentación de los más de cinco mil.

Entonces, tomando en cuenta que sólo este evangelista menciona al muchacho de los cinco panes y dos pececillos ¿Sería acaso aquél, el único de aquella inmensa multitud en haber previsto llevar algo de comida ese día?.

Jesús da las gracias y de la misma manera que Él ha invitado a sus discípulos a mirar a la multitud, ahora está convocando a toda esa gente a mirarse compasivamente entre ella. Ya agrupados, quizás consigan darse cuenta de que un muchacho pobre como ellos ha ofrendado su comida para compartir con todos los demás. Puede ser que este hecho, como diría Octavio Paz, logre hacer que los unos se descubran en los otros. Es que sólo entonces, en el encuentro solidario que nace del reconocimiento singular, la multitud deja de ser una masa de gente enajenada por la miseria y puede transformarse en una comunidad cristocéntrica que el evangelio de Juan nos invita constantemente a descubrir y vivir.

Los discípulos están ya repartiendo la comida y el asombro de la gente ante lo que está sucediendo no se hace esperar. Los alimentos no sólo están alcanzando para todos sino que cada cual puede tomar cuánto quiera de ellos y comer sin restricciones de ningún tipo. Esto es un milagro, la obra poderosa de Jesús. Y en el lenguaje de Juan, recordemos que estos siempre tendrán una cara aun más profunda por descubrir; la de la señal.

Una cosa es ser multitud y otra muy distinta el lograr llegar a ser una comunidad. No basta ocupar un mismo lugar, ni basta estar reunidos con un mismo propósito en un tiempo común. La comunidad se construye a niveles más profundos de lo que los especialistas llaman "tener un mismo objetivo". El milagro narrado por Juan nos muestra que al parecer Jesús no se ha conformado sólo con alimentar a una multitud afanosa porque se le atiende en sus necesidades. Pudiera ser que existe, además del milagro evidente, otra señal poco tangible que también ha provocado Jesús en ese lugar y que podría manifestarse a través del dato que todos los evangelios mencionan: la sobreabundancia de la comida.

Las doce cestas llenas que se conservaron ese día nos dan cuenta de que hubo mucho más para

comer que sólo cinco panes y dos peces. La última orden que da Jesús a sus discípulos en el relato de este milagro tiene que ver con que recogieran porciones de comida no consumidas (Klasmata) y no restos de migajas o espinas de pescados que cayeron al suelo. Jesús les explica por qué: para que no se pierda nada.

Lo primero que salta a la vista es la cuidadosa administración de los recursos que vuelve a demostrar nuestro Señor, pues para Jesús nunca será bueno arrojar comida a la basura aunque exista sobreabundancia de ella.

Lo otro, es que sea posible que haya algo más que pueda perderse junto al alimento que no se consumió. Si no se hubiera evidenciado la sobreabundancia, con las canastas que aparecieron insólitamente en escena, no se habría podido apreciar la grandeza humana que probablemente emergió en ese lugar. Ese que no se pierda nada podría tener un sentido aun más profundo que el del no desperdiciar comida. Podría ser el de recordar lo otro que también pudo haber acontecido ese día.

¿Acaso la acción desprendida de este muchacho pobre, que compartió sus cinco panes de cebada y dos pececillos, logró provocar que fueran saliendo las otras meriendas "guardaditas" que algunos si habían traído consigo hasta ese lugar?

Quizás ésta es la señal escondida tras el milagro poderoso que ejecutó nuestro Señor ese día y la sobreabundancia provino de las viandas que los más pobres se atrevieron a compartir al atardecer. Ésta podría ser la señal profunda del milagro que registran los evangelios tan festivamente: celebrar el día en el cual la multitud de excluidos se convirtió en una comunidad de solidaridad, que aun en medio de su pobreza, se animó a compartir lo que tenía con quienes padecían las mismas, o hasta peores, condiciones de vida.

A la luz de su contexto narrativo, esta puede ser la otra Cena pascual que Jesús celebra en el desierto y que nadie podrá olvidar jamás. En ella, Él persiste en invitarnos a responder con diligencia ante las necesidades de los seres humanos sin perder de vista que no son solamente miserias materiales las que van fraguando la pobreza.

La brecha entre ricos y pobres es hoy en día la más grande de toda la historia. Miles de personas padecen pobreza extrema, los servicios sociales en el campo son muy limitados, las minorías étnicas están imposibilitadas de acceder a la información y existe una total ausencia de oportunidades para los grupos socialmente débiles. Esta es la problemática de la exclusión.

En economía, el fenómeno de la exclusión es cada vez más evidente gracias al modelo económico neoliberal. Siempre han habido excluidos a lo largo de todos los tiempos, pero la exclusión en estas décadas es dramática y masiva; mientras la tecnología y la mundialización del mercado están en auge, los excluidos han aumentado las filas de la miseria.

Los excluidos son los pobres. Es imposible definir la pobreza en términos puramente económicos; los pobres no son sólo los que carecen de lo necesario para vivir, sino también los que no son tomados en cuenta para decidir medidas que tienen que ver con sus vidas.

En el Perú, las dos terceras partes de la población subsisten en medio de la pobreza. Esta situación nos ha convertido en personas incrédulas, que desconfían de las demás y que se auto-perciben sin tiempo, recursos, ni ganas de extender ayuda alguna a otros que se encuentran en igual o peor necesidad que la nuestra. La pobreza de los otros ha terminado por sernos indiferente, estamos tan sumergidos en la nuestra que la de afuera nos resulta insufrible. Sin embargo cuando Jesús convoca a atender a los pobres, no llama a ricas empresas o a poderosos gobiernos, sino que nos invita a compartir, a desempolvar nuestra solidaridad hasta sacarla del ático donde la colocamos agobiados para reubicarla en el centro de relaciones transformadoras y regeneradoras de la vida.

Para Jesús lo directamente opuesto a la plenitud de vida no es el sufrimiento, al que se le puede dar un sentido, sino la insensibilidad de quien, como dice el refrán, ni siente ni padece por el otro. Jesús sabe que para poder ser humanos plenos es preciso desarrollar nuestra capacidad de sentir misericordia por los otros.

Una leyenda china cuenta que cierto día, un sabio visitó el infierno. Allí, vio a mucha gente sentada en torno a una mesa ricamente servida. Estaba llena de alimentos, cada cual más apetitoso y exquisito que el otro. Sin embargo, todos los comensales tenían cara de hambrientos y el gesto demacrado: Tenían que comer con palillos; pero no podían, porque eran unos palillos tan largos como un remo. Por eso, por más que estiraban sus brazos, nunca conseguían llevarse nada a la boca. Impresionado, el sabio salió del infierno y subió al cielo. Con gran asombro, vio que también allí había una mesa llena de comensales y con iguales manjares. En este caso, sin embargo, nadie tenía la cara desencajada; todos los presentes lucían un semblante alegre; respiraban salud y bienestar por los cuatro costados. Y es que, allí, en el cielo, cada cual se preocupaba de alimentar con los largos palillos al que tenía en frente.

Sea cual fuere la situación económica que tengamos individualmente, siempre habrá algo que compartir con los otros y hacerlo es producir, en medio nuestro, una señal del reino de Dios. Una señal, que aunque pareciera que fuera tan pequeñita como un grano de mostaza será capaz de engendrar un árbol enorme que abrigue a muchos. El árbol de la solidaridad entre los pobres.

La fe: la capacidad de transformar la adversidad

Rubens Alves, notable teólogo de nuestros días, confesó, con mucho coraje, que su historia personal de sufrimiento y frustración es la que lo mueve a hacer teología. El haber recorrido con compromiso el devenir de nuestro mundo no le ha permitido descubrir fácilmente señales de esperanza. Lo que acontece en nuestra tierra, dice Alves, no nos admite ningún tipo de optimismos. Pero a la vez, él señala que el hombre no podría sobrevivir sin esperanza. Por eso, nos cuenta Alves, se ha dedicado a hacer teología. Para él, descubrir a Dios en medio de la vida, es la oportunidad para buscar nuevos horizontes que le permitan dar un sentido a este caos que nos engulle.

Es por eso que la historia que vamos a compartir, siendo una historia de esperanza como todas en las que participa Jesús, será contada no sólo con la expectativa de preservarnos del desaliento sino con el ánimo de que podamos encontrar nuevos caminos para transitar como iglesia.

Lo que Marcos describe en su evangelio, en pocas líneas, nos revela la existencia de un hombre que vive, como muchos de los de hoy, sumergido en su abatimiento. Ahí está él, derrumbado en su lecho desde hace tiempo, levantándose todos los días porque tiene que hacerlo, abriendo sus ojos pero sin disfrutar ya nada de lo que ve. Su voz es audible pero ya no le cuenta a nadie de sus expectativas sobre el futuro, sino que quizás solamente la utilice para hacer conocidas sus quejas. Ninguno de los días trae novedad y por eso no hay por qué esperar nada de ellos. Sin embargo, tiene amigos que permanecen cercanos a él, haciendo todo lo posible para lograr que se sienta mejor, aunque aparentemente sin mucho éxito.

Así van transcurriendo los desalentados días del parálítico de nuestra historia, cuando Jesús retorna al lugar donde este hombre vive; Capernaum. No es la primera vez que Él llega hasta aquí, es más, lo hace con frecuencia, por eso su fama de hombre milagroso es más que conocida por todos los habitantes de esta pequeña aldea.

Esta es la razón por la cuál, cuando se enteran que Él ha llegado, la gente se pasa rápidamente la voz, se agolpan para buscarlo, lo persiguen hasta donde se aloja, insisten en querer oírlo pero sobretodo tienen expectativas de verlo actuar sobrenaturalmente. Se han arremolinado hasta donde saben que Él

descansa. Ésta no era su casa, recordemos que Jesús no tenía dinero y que su ministerio era sostenido por la ayuda económica de algunas amigas. Entonces, es muy probable que la casa donde vaya a reposar sea la de Simón Pedro, en la que Jesús ya había sido recibido antes cuando curó a su suegra.

Hasta aquí han llegado no sólo curiosos sino también muchos enfermos e incluso se han hecho presentes algunos de esos personajes que sólo se dedican a criticar y que nunca faltan en eventos que puedan generar controversias. Estas "persecuciones" a Jesús habían sucedido antes durante sus últimas visitas; por eso Él se siente impulsado a salir de Capernaum y predicar también en el resto de Galilea y así, con esta actitud, quizás tratar de evitar que la gente se aglomerara por aglomerarse alrededor de Él.

Posiblemente el camino de retorno lo ha dejado agotado y al llegar a la casa donde se hospeda, es seguro que sólo desee descansar. Su cansancio no es únicamente físico sino también emocional; Jesús acaba de tener otro enfrentamiento con los líderes religiosos de su tiempo. Sin embargo, la multitud ya lo aguarda, instalada en la morada que lo acoge en Capernaum y demandando su presencia.

La casa, como cualquier casa de los pescadores artesanales del lugar, no era muy grande pero la cantidad de gente que ha llegado hasta el lugar si era inmensa. Por eso cuando un grupo de hombres se aproxima, trayendo en una camilla a este parálítico, la gente distraída y ciega con su "entretenimiento", no los deja pasar.

Seguramente las personas que integraban esa multitud habrán cruzado no sólo miradas de molestia con este grupo de hombres que cargaban al parálítico, sino palabras rabiosas quejándose por la absurda pretensión de estos hombres de atreverse a moverlos de sus butacas para ver el "show" del predicador de Nazareth.

¡Qué cuadro tan desagradable! una multitud deshumanizada que se arremolina sólo para satisfacer su curiosidad, o criticar, es una multitud que estorba. Su presencia impide que los que si tienen necesidad lleguen hasta Jesús.

A estas alturas el parálítico se debe de estar cuestionando cómo fue que se dejó llevar hasta ahí. Cuando uno atraviesa una situación como la de él, es casi seguro que se vuelva insufrible, sin embargo la voluntad de sus amigos es a prueba de cualquier clase de maltrato o contrariedad. Han llegado a esa casa no sólo para devolverle la movilidad en las piernas, sino las ganas de vivir que él tenía antes de su enfermedad. La lealtad que demuestran con su amigo sobrepasa largamente la posible amargura de su trato.

Y es que, cuando la angustia de haber perdido el sentido, se va atascando en el alma, la esperanza se convierte en sólo un rastro lejano de una vida pasada que no es contundente ni capaz de transformar lo cotidiano; y ni las palabras de ánimo de los amigos transforman esta situación. Es entonces que la amargura se apodera de la vida, degradándola.

Esta circunstancia es la que los mueve a todos, incluyendo al parálítico, a luchar por conseguir su milagro. Son muchos los amigos que van trayéndolo, de todos ellos, cuatro cargan su lecho. A diferencia de la multitud que tenía diversos intereses, este grupo tenía un objetivo claro; entonces se arriesgan a conseguirlo y lo realizan.

Gustavo Gutiérrez dijo una vez, a propósito de la terrible situación de pobreza y violencia de nuestra América Latina, que cuando uno está en un callejón sin salida se debe de buscar la salida en el propio callejón. Allá por el año treinta y pico de nuestra era, un grupo de hombres conocían ya esta forma de enfrentar la adversidad. Por eso, no insistieron más ni por la puerta, ni por las ventanas, sino que removieron las vigas y el resto de material que cubría la casa donde estaba Jesús. Mientras ellos abrían diligentemente un hueco en el techo, el amigo parálítico yacía sobre su camilla acrecentando la esperanza de que fuera verdad todo lo que le habían dicho sobre Jesús.

Hasta ese día, cada vez que él se veía a sí mismo sólo veía un alma amargada, un hombre que había

sido tocado por la tragedia de la vida. Rara vez cruzaron por su mente sentimientos de esperanza. Sin embargo, ahí estaba él y lo que estaba viendo suceder le impedía sentirse igual, pues cada vez que se iba abriendo más ese techo, también se iba aproximando la certeza y la confianza de que su situación podía cambiar.

La afanosa actividad de los amigos, empieza a ser notoria entre la gente reunida en la casa de Pedro no solamente por la bulla, si no también por el polvo y los pedazos del material del techo que comienzan a caer sobre las personas reunidas en aquel lugar. Al darse cuenta de lo que sucedía ¡Jesús tiene una actitud tan diferente a la de la multitud!; Él se queda atento al esfuerzo de este grupo de amigos, porque lo que ellos están haciendo debe haberlo hecho sentir muy feliz. Ahí estaban este grupo de hombres demostrando efectivamente el amor que le tenían a su amigo. Estaban siendo profundamente solidarios, por eso es que Jesús no los interrumpe, ni los manda a sacar. Esa señal de amor lo impresiona tanto que cuando los amigos del paralítico logran ponerlo a sus pies las primeras palabras de Jesús fueron: "Hijo, tus pecados te son perdonados".

El texto dice que fue por la fe que Él vio en ellos, la de los amigos y la del paralítico, que Jesús perdona sus pecados.

Sin embargo, este grupo de amigos ha hecho todo este esfuerzo no para que se le perdonen los pecados al paralítico sino para que Jesús lo cure. Y aunque la gente de ese tiempo suele relacionar enfermedades con pecados, es muy probable que lo que habrían estado pensando iba más o menos por: ¿Perdón de pecados? Si para lo que lo han traído es para que sea sanado.

Por otro lado, también se hacían presentes en ese lugar pensamientos menos solidarios. Los escribas, que habían venido sólo para criticar, sentían que ya tenían un buen motivo para acusar a Jesús de blasfemo pues para ellos Él no podía atreverse a perdonar pecados como si fuera Dios.

Y es que así se comportan los llamados "criticónes", no les interesa nadie sino ellos mismos, y el hecho de que el paralítico no haya sido sanado no los afectaba tanto como escuchar al nazareno perdonar pecados muy alegremente.

Bueno, Jesús tiene una manera muy briosa de reaccionar frente a las críticas infundadas. Él nunca se reprime de refutarlas, y mucho menos si es su identidad la que está siendo cuestionada. Es por eso que, Jesús enojado, les responde frontalmente y les dice que es mucho más fácil aparecer como un simple chaman que tiene la capacidad de curar enfermedades, que perdonar pecados porque eso sólo lo puede hacer el "Hijo del Hombre".

Es entonces que, después de haberles afirmado sin reservas su identidad, con el poder de esa verdad, se dispone a sanar al paralítico. Jesús se dirige al hombre postrado sobre su camilla y le manda a que él mismo tome su lecho y camine. Lo que no deja de sorprendernos es que, ni siquiera por estar molesto, Jesús pase por alto el importante hecho de que sea el propio paralítico quien se levante de su camilla. Ya que el levantarse de su lecho, es levantarse de la postración en la que han estado no sólo sus piernas sino también el resto de su vida.

La psicoterapia ha descubierto que objetivamente no hay esperanza para los pacientes que no tienen esperanza. Porque la esperanza, la apuesta en la posibilidad, es la que nos da las energías emocionales para vivir a través de la frustración y de la impotencia.

Es por eso que la sanidad que Jesús opera con el paralítico se da a un nivel integral. Ella es un símbolo expresivo, una parábola gráfica, del reino de Dios. En los evangelios vemos como Jesús jamás realizó curaciones de manera arbitraria o por puro sensacionalismo, sino que siempre lo hizo conduciendo a los enfermos, a los humillados y a los abatidos a experimentar la salud como la buena noticia de que el reino de Dios se ha acercado.

Hemos visto que las señales de este milagro comenzaron mucho antes de que Jesús hablara con este hombre. Gracias a un grupo de personas motivadas por un propósito común, este paralítico logra salir

de su infortunio. Con estas acciones, sus amigos nos demostraron lo transformadora que puede resultar la creatividad en medio de la adversidad.

En estos tiempos en los que la inteligencia de los hombres está puesta al servicio de una tecnología que sustenta guerras, explotaciones, degradación moral y marginación, conviene preguntarnos en qué estamos invirtiendo nuestras capacidades. Cuáles son los objetivos comunes que nos hacen organizarnos y movilizarnos.

Hablar de esperanza, es hablar de un proyecto. Cuando los seres humanos nos organizamos en torno a la solidaridad estamos siendo un proyecto vivo. Sólo así podemos hablar de esperanza y no de esperanza vana.

Cuando como comunidad nos comprometemos con el padecimiento de los otros y nos movilizamos a tomar incluso actitudes de riesgo en favor de la vida, es que logramos vencer obstáculos de maneras sumamente creativas. Esta es la asociación que admira y festeja Jesús, la que se da en torno a la plenitud de Vida de todos y todas.

Cuentan que una vez, había un ciego sentado en un parque, con una gorra a sus pies y un cartel en el que, escrito con tiza blanca, decía: "POR FAVOR AYÚDEME, SOY CIEGO". Un niño como de 10 años que pasaba frente a él, movido a misericordia, se detuvo y observó que se hallaban sólo unas pocas monedas en la gorra. Sin pedirle permiso al ciego tomó el cartel, le dio vuelta, tomó la tiza y escribió otro anuncio. Volvió a poner el pedazo de madera sobre los pies del ciego y se fue.

Por la tarde el niño volvió a pasar frente al ciego que pedía limosna. Ahora su gorra estaba llena de billetes y monedas. El ciego, reconociendo sus pasitos, le preguntó si había sido él quien re-escribió su cartel y sobre todo, qué que era lo que había escrito allí. El niño le contestó: "Nada que no sea tan cierto como tu anuncio, pero con otras palabras". Sonrió y siguió su camino. El ciego nunca lo supo, pero su nuevo cartel decía: "ESTAMOS EN PRIMAVERA, Y YO...NO PUEDO VERLA".

Como diría Galeano, cada vez que la solidaridad creativa ocurre, la cárcel pierde un preso y el Paraíso gana un habitante. Animémonos a que no sea sólo una actividad individual, convoquemos a toda nuestra comunidad de creyentes a esforzarse para experimentar la dicha de producir un milagro.

Documento elaborado por:
érika izquierdo paiva